

DIOS LLORA EN LA TIERRA



Colección “Persona y sociedad”

Werenfried van Straaten (o. praem.)

DIOS LLORA
EN LA TIERRA



Ciudad Nueva

Título original: *Wo Gott weint*
Traducción: *Secretariado Español de «Ayuda a la Iglesia Necesitada»*
Revisión: *Alfonso López Quintás, Ana Hidalgo*

Diseño de cubierta y maquetación: *Antonio Santos*

© Ayuda a la Iglesia Necesitada

© 2009, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-180-1
Depósito Legal: M-

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Villena Artes Gráficas - Madrid

El secreto del éxito de AIN

Celebro que se realice esta nueva edición de la obra que consagró, en todo Europa, al P. Werenfried van Straaten como «el mayor mendicante del siglo XX» por amor a los más pobres.

En la desolación de 1947, el papa Pío XII solicitó a la abadía premonstratense de Tongerlo (Bélgica) que intentara socorrer a los sacerdotes del Este que corrían peligro de morir de hambre en los campos de refugiados de Centroeuropa. El P. Werenfried tuvo el arrojo de lanzarse, con un saco al hombro, por los devastados campos de Bélgica y Holanda a solicitar alimentos, ropa y medicinas para los temidos invasores de unos meses atrás. Un buen día llegó a un pueblo belga llamado Vink, y el párroco le hizo ver lo peligroso que podía ser mendigar allí para los enemigos, ya que éstos habían pasado a cuchillo a todos los varones del pueblo como represalia por un descarrilamiento de un tren de las SS. El P. Werenfried me confesó, años después, que nunca había sentido tanto miedo como cuando, después de predicar, ya anochecido, los fieles se retiraron de la iglesia, él se arrodilló en el presbiterio para dar gracias, y, al poco rato, crujió la vieja puerta de entrada. Temió que alguien viniera a tomar represalias. Sólo apareció una viejecita, que atravesó lentamente la iglesia, se acercó a él y, con disimulo, le entregó un paquete, diciendo: «Esto para sus pobres, pero,

por favor, no se lo diga a nadie». Una escena semejante se repitió luego una vez y otra, y el P. Werenfried, asombrado, dijo para sus adentros una frase que luego se convertiría en su lema preferido: «Los hombres son mucho mejores de lo que pensamos. Sólo hace falta ponerles ante los ojos un gran ideal». Esta difícil tarea la realizó él con un arte insuperable.

Sorprende ver que una Obra iniciada por un fraile joven, enfermizo, inexperto y carente de medios sea hoy una obra pontificia que cuenta con 19 secretariados en otros tantos países del mundo occidental y ayuda a más de 150 naciones en que la Iglesia sufre un especial desamparo. Si se me preguntara la razón de este desarrollo insospechado, no destacaría sólo el gran talento del P. Werenfried, escritor de fino estilo, emprendedor decidido y tenaz, predicador sugestivo... Destacaría, además, estas cuatro condiciones:

1. Su confianza ilimitada en la divina providencia. Dos frases suyas se convirtieron en un lema de la Obra: «¡Dios no me ha fallado nunca!». «¡Jamás me ha dejado en la estacada!». En sus 62 años de vida, *Ayuda a la Iglesia Necesitada* nunca ha dejado de cumplir las 10.000 promesas de ayuda que suele hacer cada año.
2. Su confianza profunda en la bondad de la gente. «Los hombres son mejores de lo que pensamos...»; basta proponerles grandes metas para que las persigan con generosidad.
3. Su amor inquebrantable a la Iglesia y a su jerarquía. En ningún momento cayó en la tentación de presentar su Obra como una manifestación de la «Iglesia de los pobres» frente a la «Iglesia jerár-

quica de Roma». La ingente ayuda dispensada por ella fue canalizada desde el principio a través de los obispos de cada lugar. Nada extraño que los cinco últimos pontífices la hayan considerado como cosa propia. De ahí que su designación como obra pontificia haya significado un reconocimiento oficial de lo que siempre había sido de hecho.

4. Su decisión nunca quebrantada de ofrecer al pueblo el Evangelio en estado puro y predicar, por tanto, el amor a amigos y enemigos.

Esta actitud de generosidad incondicional fue el capital que la divina providencia puso en las manos de este heraldo de la caridad cristiana. Y fue suficiente para convertir su Obra en un hervidero de proyectos en favor de los cristianos que se hallan en situaciones menesterosas. Los cristianos que, en diversos países, han sufrido a causa de su fe; los brasileños desamparados del Amazonas; los vietnamitas perdidos en el océano por huir de un régimen hostil; los rusos que, tras 75 años de ateísmo militante, olvidaron sus oraciones, los ritos litúrgicos, la doctrina cristiana, y necesitaban una reevangelización... no olvidarán nunca los audaces planes que ideó y realizó el P. Werenfried para ayudarlos.

Las circunstancias sociopolíticas actuales difieren no poco de las que se reflejan en este libro. Pero en sus inspiradas páginas sigue aleteando el espíritu de un hombre bueno, conmovido por las desgracias de tantos inocentes y empeñado en enjugar las lágrimas de un Dios que nos confía su suerte.

P. Alfonso López Quintás, O. de M.

Prólogo a la séptima edición

«Consolad, consolad a mi pueblo dice el Señor...» (Is 40, 1). Estas palabras del profeta Isaías me han motivado al presentar esta nueva edición del libro *Dios llora en la tierra*, de un gran peregrino que a imitación del Señor Jesucristo «pasó su vida haciendo el bien» (Hcb 10, 38) y aliviando el dolor de tantos necesitados en todo el mundo.

Ese coloso de la caridad y del amor, el P. Werenfried van Straaten, comparte con nosotros su profunda espiritualidad, y me da mucha alegría de que se reedite este bello libro especialmente nada más concluir el año paulino.

Así como san Pablo, con la fuerza de la cruz de Cristo y un corazón ardientemente misionero descubrió las bienaventuranzas, los motivos que lo llevaron a ser un hombre feliz, un misionero incansable cuando a la edad en que la vida comienza a declinar fue capaz de recorrer 30.000 km impulsado únicamente por el fuego que había en su corazón, así también el P. Werenfried recorriendo los cinco continentes fue capaz de iniciar la Obra de *Kirche in Not*, que es el mejor monumento a su memoria, que «será bendita para siempre» (Pr 10, 7).

Y no se trata de un libro que ha pasado de moda, aunque su primera edición se publicó en 1986. ¿Nos hemos dado cuenta de lo paradójico que resulta la trivialización del

dolor, del sufrimiento y de la muerte que produce ese mercado televisivo de la violencia, en contraste con el hecho de que la muerte real, no la de ficción, se oculta cada vez más en nuestra sociedad?

La gente muere en los hospitales, apartados de la vista de los niños y de nosotros incluso. A los ancianos, recordatorio próximo de la fugacidad de nuestra vida, se los confina en residencias con todas las comodidades pero lejos de nuestra vista. La muerte ha dejado de ser una realidad humana natural, inscrita en el tejido de la vida y valorada; en cambio, tal como lo expresa una autora, «en las pantallas de televisión aparece desprovista, al mismo tiempo, de todo sentido individual y de toda trascendencia psicológica: la muerte simultáneamente ajena y neutra»¹.

En este sentido es muy elocuente, la espontánea reacción popular ante la muerte de Juan Pablo II, ayudada ciertamente por la enorme atención informativa del inolvidable acontecimiento: «En la sociedad posmoderna, donde los nuevos pobres son los moribundos y los ancianos inválidos, invisibles en la esfera pública, los medios de comunicación transmitieron el último mensaje de Juan Pablo II: el valor de la vida humana hasta su término natural junto al significado del dolor y de la muerte»².

¹ D. Rico, *TV, fábrica de mentiras. La manipulación de nuestros hijos*, Espasa, Madrid 1992, p. 117.

² N. González Gaitano, *Rassegna critica della stampa*, Ufficio delle celebrazioni liturgiche del Sommo Pontefice. *Sede Apostolica Vacante. Eventi e celebrazioni, aprile 2005*. Libreria Editrice Vaticana, Roma 2007, pp. 237-259; G. Tridente, *La morte di Giovanni Paolo II nella stampa italiana: Corriere della Sera e La Repubblica*, J. M. Mora, D. Contreras, M. Carroggio